

ultramarinas afluirá canalizado al centro de Europa para hacer triunfar la idea sacral del Imperio. Carlos I, hispaniza a Carlos V, según acertada expresión del P. Gabriel del Estal; España al aceptar tan grave carga, se une a Europa, y la Hispanidad se entronca con la misma Alemania.

Mas ¡ay! el cruel destino era implacable con Carlos; aquel ensueño de sus años juveniles iniciado por Guillermo de Croy, espiritualizado por Adriano de Utrecht y convertido en ideal por Gatinara, hispanizado más tarde por los españoles Cobos, Loeysa y Sepúlveda, llevado hasta los límites de lo herético y romano por Alfonso de Castro, tropieza con las incomprensiones del poder temporal de los Papas, las apatencias egoistas de reyes cristianos y el cisma protestante.

Carlos se retira a Yuste, se repliega al puerto seguro de la Hispanidad. No era este retiro un acto ascético, como algunos han creído, era la renuncia al concepto de un imperio cristiano como bien apunta Peter Rassow.

Aquí en Yuste, oasis de soledad y belleza, expresión viva de la «Beata Solitudo sola beatitudo», cabeza de esta paradógica y absurda Extremadura de valores extremos en ciencia y espíritu, donde afluiran en aquellos momentos gloriosos y laureados conquistadores y en donde una Virgen morena de Guadalupe, lanzaba desde las Villuercas, brisas propicias a las naves de nuestros misioneros y colonizadores para proseguir la obra de la Hispanidad, sintetizada en «Las leyes nuevas», llega Carlos consigo mismo, con sus soledades o saudades para vivir una vida interior, Señor de los objetos intramundanos que le habrían asfixiado, viviendo plenamente el existencial heideggeriano de encontrarse a sí mismo, libre incluso de añoranzas y nostalgias.

Pero la angustia o saudade del César era más perfecta, más cristiana; tenía otra categoría marceliana inherente al ser mismo que se consume ante la finitud que le rodea; la categoría de la esperanza, que acude a llenar el vacío del alma como el aire grávido las zonas depresivas. Dios en la soledad de Yuste domina su inteligencia, fortifica su voluntad y mueve su sentimiento. Carlos de España, aun tras la muerte, espera que su idea sacral cristiana aune a los pueblos de Europa para aprestarse a la lucha contra el común enemigo, el comunismo ateo y materialista.

Por eso los pueblos del Norte y Centro de Europa debieran volver los ojos a este Viejo y remozado Convento Jerónimo. Yo me atrevo a recordarles, claro está, en un sentido cristiano y ortodoxo, aquel sabroso pasaje de su tal vez no rectamente comprendido Nietzsche: «Eramos como dos naves, cada una de las cuales tenía objetivo y derrotero distinto; pero un día pudimos juntarnos y celebrar tranquilos un gran ágape en el mismo puerto. La ley del destino nos separó de nuevo y diversos soles y naves nos volvieron extraños... Mas existe una enorme e invisible curva estelar, ante la cual nuestras rutas son como pequeños trazos; nuestra vida es tan corta y la agudeza visual tan reducida, que podemos llegar a ser más que amigos y reencontrar nuestra amistad, tras las estrellas, aunque en la tierra aún sigamos creyéndonos enemigos».

Cáceres, Octubre 1958.

UN CENTENARIO GLORIOSO

Carlos V y la Alta Extremadura

RECUERDO EMOCIONADO

CON estremecida emoción ha vibrado la Alta Extremadura en la brillante conmemoración de los cuatro siglos de la muerte de Carlos I de España y V de Alemania, el ilustre «campeón de un ideal de unidad europea y cristiana, que hoy vuelve a actualizar su inmutable valor político».

Si a todo español atrae la egregia figura del César, esta potente llamada se agiganta por lo que respecta a los cacereños, carolófilos si los hay, ya que no en balde el glorioso nieto de los Reyes Católicos eligió el incomparable paraje alto extremeño de La Vera—de inmejorables condiciones, lugar frondoso y ameno, de una belleza y exuberancia majestuosas y de un excelente clima, que describiera deliciosamente Gabriel Acedo de la Berrueza y Porras en sus «Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera alta y baja en Extremadura»—con lo que lo universalizó al hacerlo objeto de su predilección para—una vez despachados los negocios terrenos—prepararse a despacharlos con Dios y morir cristianamente en el seno de la religión que había defendido arduosamente en su preciosa existencia.

FIEL RESTAURACION DEL MONASTERIO

El gran César Carlos V—que llevó a España a empresas ecuménicas—como ha dicho con su verbo elocuente Blas Piñar, legó dos profundas lecciones: de prudencia la una y de humildad la otra. De prudencia, practicando el difícil arte de saber dejar el poder a tiempo, y de humildad, con su cristiana muerte, al ordenar que su cuerpo fuera enterrado en el cenobio de Yuste, bajo la losa del altar mayor para que el Sacerdote al ofrecer cada día el santo sacrificio de la misa pisara sobre su cabeza y sobre su corazón. Lo que—en frase de Daniel Rops, prestigioso miembro de la Academia Francesa—hizo en «eterna señal de humillación».

Desde que el Caudillo y Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire reconquistara la Patria con su espada victoriosa y co-

menzara la ingente obra de recuperación nacional, se inició la reconstrucción de Yuste a través de la Dirección General de Bellas Artes.

A estos efectos el Patronato del Monasterio de Yuste, llevó a cabo cuanto le correspondía, amueblando y ambientando el Palacio de Carlos V con el carácter de la época imperial, convirtiéndolo en trunto exacto de la permanencia en él del ínclito habitante.

Se pretendió y se ha conseguido con absoluta fidelidad, que todo el interior del inmueble recobrase el aspecto «que tuvo». Se ultimaron los detalles necesarios para el logro del laudabilísimo propósito de que el relicario de la raza, la última estancia del que fué ardoroso defensor de la fe católica, volviese a su primitiva faz, su fisonomía originaria para ser permanente recuerdo del período en que España alcanzó el máximo esplendor—ya que realizó su misión histórica—y espejo de las futuras generaciones.

Muebles, cuadros y utensilios, relojes, arcas, mesas, tapices, alfombras, lienzos, sillones, etc., han vuelto a ocupar la grandiosa residencia renacentista, análoga al palacete que Carlos V tenía en Gante.

La iglesia, de estilo ojival, verdadera basílica, también ha sido terminada, colocándose el retablo mayor, renacentista; que fué tallado y pintado por Antonio Segura y que se hallaba en Casatejada.

Lo propio puede decirse del claustro gótico y convento-residencia de los monjes jerónimos que han vuelto a poblar el Santuario.

El patio plateresco—la maravilla del Monasterio—de una hermosura y elegancia propias del estilo que tiene con sus elevadas arcadas y una variedad de escudos de los protectores del Santuario, llama poderosamente la atención.

Nada digamos del refectorio y del llamado Pensil del Emperador. Cuadros del Tiziano, del Greco y de otros eximios artistas, cuyos nombres ha recogido la inmortalidad, han vuelto a prestigiar los muros venerables del cenobio de Yuste, exornado con una sorprendente sencillez.

La celebración de la efemérides del cuatricentenario del óbito del egregio personaje, que ciñera sobre sus sienes la diadema imperial y sobre su cabeza la corona de dos mundos, ha sido un acontecimiento extraordinario, ya que se le ha honrado dignamente, en consonancia con su talla colosal y el valor y significación de su obra.

IMPERECEDERAS HUELLAS CAROLINAS EN LA ALTA EXTREMADURA

No pocos pueblos cacereños sienten el legítimo orgullo de conservar recuerdos imperecederos del paso por los mismos del Emperador, debido a lo cual ocupan un puesto en la historia de España. Tornavacas, Jerte, Cabezuela del Valle, Garganta la Olla, Jaramilla, Cuacos de la Vera y otros están unidos a la memoria de Igenio



Escudo imperial en una esquina de la cerca del Monasterio de Yuste

militar y político, del hombre más poderoso de su tiempo, en lo que se refiere a las huellas que dejó de su tránsito.

Otras numerosas poblaciones y sobre todo Plasencia, Trujillo y Guadalupe —anotemos junto a esta denominación a la Emperatriz, que tuvo tanta devoción a la Morenita de las Villuercas— ofrecen testimonios de la época imperial.

Sin embargo, es ocasión de constatar que el «César moderno», según le designara el eminente historiador don Antonio Ballesteros Beretta, escogió caballeros extremeños para su casa. Tampoco podemos pasar por alto que fué un Obispo extremeño, de Badajoz, el Doctor don Pedro Ruiz de la Mota, el que pronunciara en las Cortes de La Coruña en 1.520 la elocuente oración acerca del significado del Imperio en la que afirmara que «el Emperador es él solo en la tierra Rey de Reyes» y que «ahora vino el Imperio a buscar al Emperador de España, y nuestro Rey de España es hecho, por la gracia de Dios, Rey de romanos y Emperador del mundo».

En los campos de Mirabel se libró la única batalla que en la provincia de Cáceres tuvieron los comuneros con las tropas imperiales que resultaron triunfantes. Carlos V premió los servicios que le prestara D. Luis de Avila y Zúñiga con el título de Marqués de Mirabel.

En gracia a la fidelidad de la villa de Gata al Emperador en la guerra de las Comunidades, Carlos V le concedió su actual escudo, que se halla fijado encima de un pilar frente a la Iglesia y que vino a sustituir al que tenía consistente en unos gatos con una cruz encima.

La Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Trujillo, Cuna de la Conquista, en 1519, celebró con extraordinaria solemnidad la festividad de la Asunción de la Virgen, por haber sido elegido Carlos V Emperador de Alemania por la muerte de su abuelo Maximiliano.

En Trujillo se conserva un valioso Códice del siglo XVI, en el que el escribano Juan Rodrigo Caramelo dejó constancia del viaje del Emperador el día 1.º de Marzo de 1526, camino de Sevilla, para contraer matrimonio con la Emperatriz, hija del Rey de Portugal. El cronista refiere el solemne recibimiento prestado a S. M. Con motivo de esta visita a Trujillo, el Emperador juró guardar y hacer guardar las Ordenanzas «e privilegios y buenos usos y costumbres que esta Ciudad tiene, según que mis antepasados lo hicieron y guardaron». Moró en la casa del señor Nuño Vargas de Chaves; la ciudad le obsequió «con muchas perdices y capones e cabritos e vino blanco e tinto, e S. M. Lo vido e sentró en Palacio donde estuvo hasta el otro día siguiente, y después de comer se corrieron toros en la plaza de dicha ciudad y después de corridos S. M. cabalgó e se fué su camino y no estuvo más, porque se decía que iba de gran prisa a la ciudad de Sevilla, donde se había de casar con la Emperatriz, que ya así se decía por estar desposada con S. M. hija del Rey de Portugal.»

Recordemos también que Diego García de Paredes, insigne guerrero trujillano, conocido por los sobrenombres de «El Sansón Extremeño» y «Hércules de España», que brilló en los últimos años del

siglo XV y primer tercio del siglo XVI, acompañó a Su Majestad Imperial a Italia y que se halló en la ceremonia de Bolonia.

Por la histórica villa de Alcántara, donde vino al mundo Fray Pedro, el gigante extremeño de la santidad y donde tuvo su origen la Orden Militar de Caballeros de la Cruz Verde, cruzó el cortejo nupcial del César Carlos, que empleó siete días en atravesar Extremadura.

Guadalupe es nombre de universales resonancias. «Sus ofrendas perdurables, sus reliquias, su aureola romántica llena de laureles del nuevo mundo, nos hablan sobresalientemente de un imperio reinante en todos sus aspectos, del de Carlos I de España y V de Alemania, el que fué, ¡quizás!, el más alto mástil de la hispanidad» (Ramón Aza, Barón de Tormoye). Guadalupe pregona el imperio de Carlos V que varias veces se acogió a su espiritual retiro.

Desde Yuste el César del mundo contemplaba Guadalupe, pila bautismal de América, y la Morenita de las Villuercas, fué su protectora.

Evoquemos la visita a Guadalupe de don Juan de Austria, para rendirse a la celestial Señora y dejar en su camarín la farola que arrancó a la nave capitana de los turcos.

Es Tornavacas punto crucial en la vida del Emperador. En Tornavacas pasó una noche Carlos V cuando se dirigía al Monasterio de Yuste y cuando al dejar la provincia de Avila empezó la bajada del puerto que le introducía en terreno de Cáceres, el Emperador exclamó: «Este es el último puerto que paso en mi vida; el próximo que pase será el de la muerte». Y así fué. Y en lo hondo del puerto se hospedó la majestad de un Rey que ahito de gloria humana sólo deseaba conquistar la gloria divina, como escribe Isabel Alía Pazos. Hay casas en Tornavacas con las portadas de piedra, con inscripciones que recuerdan mercedes concedidas por el Rey-Caudillo en pago de la hospitalidad recibida. Entre estos inmuebles está la casa solariega de Yvan Mendoza Dávila, que atestigua la raigambre preclara de la estirpe y su leal comportamiento con el más grande de los reyes de España. En el dintel de piedra de la puerta se lee una inscripción que dice así: «Don Yvan Mendoza Dávila, criado de Su Magestad» y también en la piedra dibujado el sol en la parte media del dintel.

La romana *Municipium Flavium Vivertorum*, la árabe *Xarandiella*, la villa de Jarandilla, levantada en un paraje donde hubo un poblado romano, fué fundada por el Rey Alfonso VIII a principios de la Reconquista en esta zona con el nombre de *Jarandiella*. Perteneció a Plasencia hasta mediados del siglo XIV, que fué donada en señorío por Enrique II a don García Álvarez de Toledo, Maestre de Monarca. El sucesor de éste, su homónimo García Álvarez de Toledo —que extrañado voluntariamente de Plasencia se fué a residir a Jarandilla— edificó a finales del siglo XV el castillo de la histórica población. El señorío de Jarandilla se trocó en marquesado en 1599 por concesión del Rey Carlos II. En esta señorial mansión—antesala

del palacio conventual de Yuste—del Conde de Oropesa y Duque de Alba y Frías, se albergó Carlos V desde el 12 de Noviembre de 1556 hasta el 3 de Febrero de 1557.

Situada en una hondonada de la Sierra de Tormantos y Cerro del Salvador, la villa de Cuacos se considera como uno de los pueblos más antiguos de España. Fué aldea de Plasencia y se hizo villa por real privilegio en 1806.

Todo en el poético y típico pueblo de Cuacos recuerda el paso de Jeromín, el futuro héroe de Lepanto, hijo natural del César y de la alemana Bárbara de Blomberg, de Ratisbona. Jeromín nació en Ratisbona el 24 de Febrero de 1547, Día de San Martín.

La Majestad imperial de Carlos puso a su benjamín al cuidado de su fiel mayordomo don Luis Quijada, Señor de Villagarcía de Campos, caballero sin mácula, íntegro, de una seriedad, circunspección y rectitud que le hacían acreedor a la confianza del soberano.

Jeromín permaneció en la hermosa residencia de Villagarcía, solícita, amorosamente atendido por doña Magdalena de Ulloa, la gentil y bella esposa de Don Luis Quijada, que encarnaba las virtudes de la nobleza del siglo XVI. La distinguida dama atendió con el mayor esmero la exquisita educación de Jeromín, cuya existencia se deslizo plácidamente en el castillo de Villagarcía.

Ante la decisión del Rey-Emperador de retirarse al Monasterio de los Jerónimos de Yuste, don Luis Quijada se incorporó también a Yuste y doña Magdalena y Jeromín habitaron en Cuacos.

La casa en que moraron en la riente villa aún se conserva, si bien fué reformada recientemente. Conforme se penetra en el inmueble, a mano derecha, se pasa a la habitación que, según la tradición, ocupó Jeromín. La puerta consta de 365 piezas y representa la Cruz de Caravaca. La habitación tiene una puerta secreta en un rincón por la que se iba a un pasadizo que conducía a la parte inferior de la casa.

Actualmente habita esta morada una anciana que profesa gran cariño a la reliquia histórica que muestra al visitante con singular satisfacción.

La Asociación de «Caballeros de Yuste», —entidad surgida con motivo del cuatricentenario, consagrada a honrar al Emperador y colaborar en torno a la consecución de que el Monasterio alcance su mayor plenitud— abriga el propósito de adquirir el inmueble.

Los vinctos de Robledillo de Gata, Cuacos y Pasarón, merecieron los mayores elogios de Carlos V.

Mucho podía escribirse acerca de Plasencia y el Emperador. Esta tarea viene absorbiendo al canónigo-archivero de la S. I. C. placentina, señor López Sánchez-Mora, que está dando a la luz pública numerosos trabajos en el periódico «Extremadura» y semanario «El Regional».

El concejo placentino regaló al ínclito Carlos una fuente escavada en un solo bloque de piedra, que figura en un ángulo de la terraza del palacete de Yuste.

Ninguna ciudad posee tantos escudos del Soberano como la Muy

Noble, Muy Leal y Muy Benéfica de Plasencia. Todo ello por obra de don Luis de Avila y Zúñiga, amigo de Carlos V, embajador suyo cerca del Papa, Comendador de Alcántara, insigne literato y cronista, a quien se deben los «Comentarios de la guerra de Alemania».

Plasencia se distingue por haber sido la primera ciudad que honró al Cesar de Occidente con suntuosos y emotivos funerales, los primeros oficios litúrgicos que se celebraron en la Catedral nueva aún sin terminar.

Procedentes del imperial cenobio de Yuste existían en algunas parroquias de la Vera no pocas reliquias que están retornando al Monasterio para devolverle — conforme ya hemos indicado— su anterior e histórica traza.

VIAJEROS ILUSTRES QUE VISITARON YUSTE Y DEJARON SUS IMPRESIONES

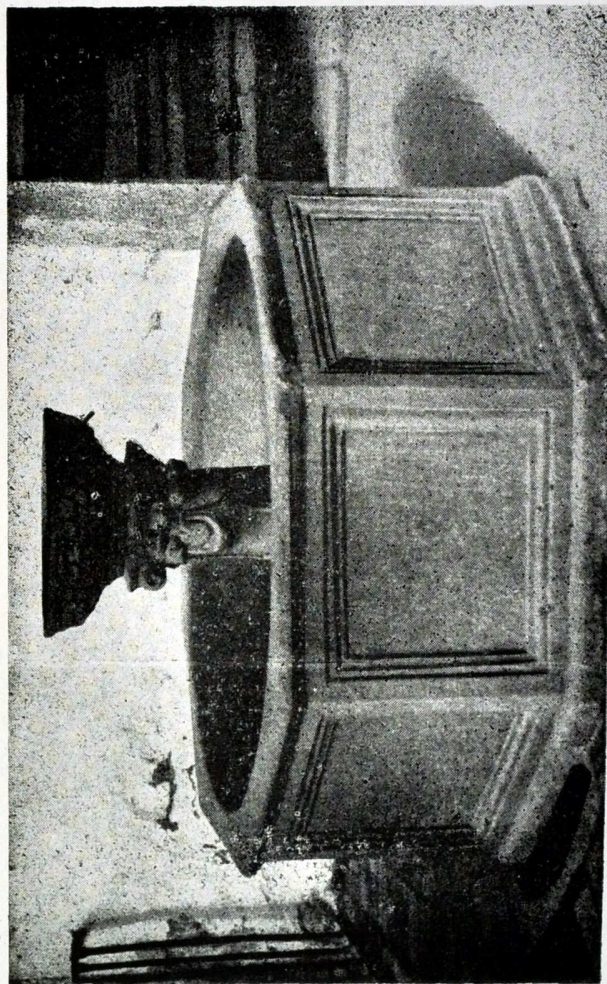
Innúmeros viajeros ilustres visitaron Yuste y dejaron grabadas sus impresiones en el periódico, revista, ensayo, libro, etc. No es posible en los límites de este trabajo dejar constancia de todo. Mas—supliendo esta imposibilidad—dedicaremos la atención a una recopilación interesante.

Hay un álbum en el Monasterio Jerónimo, que utilizan cuantos recorren emocionados esta reliquia histórica de Extremadura y de España para consignar las sensaciones experimentadas. Solamente de tres personalidades de verdadera fama nos ocuparemos en estas líneas.

Miguel de Unamuno (1846-1936). El Catedrático de Griego y Rector de la Universidad de Salamanca, la ciudad del saber, escritor fecundo, el «quijotesco don Miguel de Unamuno», como lo saludara el gran poeta Antonio Machado, recorrió el bellissimo paisaje de La Vera el año 1908; el día 20 de Junio se acerca a Yuste y anota en el álbum de referencia: «¡Qué sabroso reposadero para quien, como el Emperador, ha merecido el descanso!».

Fué don Antonio Maura y Montaner (1853-1925)—inolvidable político, orador y jurisconsulto—uno de los más excelsos gobernantes que ha tenido España, un ilustre hombre de Estado de los de mayor autoridad, que escaló las cimas de la dirección de la Real Academia Española. Maura, patriota insigne, no podía dejar de asomarse al balcón de Yuste, donde tantas veces se asomara el Emperador para otear hermosos horizontes. El gran mallorquín estuvo en el cenobio de Yuste el día 26 de Octubre de 1910 y consignó en el álbum esta frase: «Con más deseos de volver que traje al venir».

Las palabras de Maura llamaron la atención, la atención de los visitantes. Uno de éstos, el Revdo. P. Antonio Marqués y Peropadre, misionero, Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribía poco después: «Maura en una de las precedentes páginas de este álbum escribió estas palabras: «Con más deseos de volver que traje al ve-



Fuente en la terraza del Palacio del Emperador en Yuste, regalo de la ciudad de Plasencia

nir». Yo en su lugar hubiera escrito las siguientes: «Si nuevamente subo al Poder no pararé hasta comenzar, continuar y acabar la completa restauración del histórico Monasterio de Yuste».

Marcos Rafael Blanco-Belmonte (1871-1936). Inspirado poeta lírico galardonado por la Academia, autor de varias obras, algunas de las cuales dió a la escena, y colaborador asiduo de periódicos y revistas. Blanco-Belmonte transitó por la Alta Extremadura, deteniéndose en Las Hurdes que estudió. El día 19 de Agosto de 1911, recala en Yuste y como fruto de su visita dejó este magnífico poema:

Y U S T E

Crepúsculo de la gloria,
relicario de la Historia,
hecho con sangre y con sol
eres limpia ejecutoria
del noble pueblo español.

Hubo aquí un alma indomada
—alma de hierro y de luz—
que de las luchas cansada
rompió en tus puertas la espada
para convertirla en Cruz.

Monumento de realeza
aun guardas tanta belleza
que ni se borra ni empaña,
que aprendiendo en tu grandeza
¡aún puede ser grande España!

Como habrán comprobado los lectores, las citas de los juicios y acentos líricos están hechos por orden cronológico. Incitan a la glosa. Dentro de su brevedad, las frases transcritas, lo mismo que el poema, son el mejor canto a Yuste y al genio hispánico que albergó durante veinte meses en su soledad.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

